

SIMONE DE BEAUVOIR: DOS APROXIMACIONES

C. Margarita Santana de la Cruz
Universidad de La Laguna

RESUMEN

Este artículo presenta dos aproximaciones a Simone de Beauvoir, una a través de su autobiografía y otra a través de *El segundo sexo*, intentando mostrar cómo ambas, a pesar de tratarse de diferentes registros, pueden articularse en una unidad: la derivada de participar en un mismo proyecto.

PALABRAS CLAVE: perspectiva, existencia, trascendencia, proyecto, immanencia, situación.

ABSTRACT

This article approaches Simon de Beauvoir from her autobiography and her most famous work, *The second sex*, in an effort to elucidate how both, albeit from different registers, can be perceived as a unified vision.

KEY WORDS: perspective, existence, transcendence, project, immanence, situation.

1. PRIMERA APROXIMACIÓN, QUE ES NARRATIVA

Sé que uno nunca puede conocerse, sólo narrarse.
El yo no es sino un objeto probable y el que dice *yo*
sólo toca los perfiles; el otro puede tener una visión
más neta o más justa.

Simone de Beauvoir¹

Idólatra y convicta del Verbo, absoluto inicial y reducto final de la trascendencia, Simone de Beauvoir aprehende la complejidad del mundo y pretende salvarla de la contingencia a través de la universalidad, solidez y eternidad de las palabras: ese logos común que nos ancla en nosotros mismos y que nos permite comulgar con ese Otro genérico que configura para ella el horizonte de su proyecto, la humanidad. Mujer, escritora, filósofa y feminista, Beauvoir misma representa una arquitectónica compleja que difícilmente se presta a definiciones o categorizaciones exhaustivas y excluyentes. Totalmente entregada al proyecto de hacerse y de contarse —hasta el punto de que ambas tareas parecen imbricarse en una unidad

indisoluble—, su pensamiento asume y refleja esa riqueza que aprecia en la existencia sin volverse por ello fragmentario en la medida en que incorpora como punto de partida la imposibilidad de lo omniabarcante: «nunca se ha terminado de aprender porque nunca se ha terminado de ignorar»². El sentido de esta frase, tal como ella lo expresa, trasciende lo intelectual, porque en Beauvoir lo intelectual es un terreno fértil donde florecen, entremezclados, el pensamiento, la existencia, el mundo, la vida: «cuando más ando tanto más entra el mundo en mi vida hasta hacerla estallar»³. Su voluntad no es una voluntad de sistema, sino una voluntad de comprensión.

Esta pluralidad de facetas se origina y confluye, por la razón aducida, en una unidad que es síntesis pero también resultante de la perseverancia en un mismo proyecto: decir o comunicar al hilo de la vivencia, de la experiencia y de su aprehensión. Vivir y pensar lo vivido: ser capaz de expresión; ser capaz de decir. Dicho de otro modo: Beauvoir aglutina y liga una diversidad de facetas como expresiones de un mismo núcleo cuya posibilidad viene dada por el hecho de ser a la vez vivencial y conceptual: pensar es aprender y no estar segura, anhelar la comprensión; comprender el mundo y hacerse comprender. En este sentido siempre opone a una carencia —la carencia de conocimiento— la voluntad de pensar⁴, y en tal contexto es en el que deviene central la noción de «perspectiva». A mi modo de ver, ésta sería la noción fundamental que articula la obra y el proyecto beauvoirianos: «la literatura aparece cuando algo en la vida se descompone; para escribir [...] la primera condición es que la realidad haya dejado de *darse por sentada*; entonces solamente uno es capaz de verla y hacerla ver»⁵. Esto es, «[...] Sólo cuando se había producido una ruptura en mi experiencia, yo podía adquirir perspectiva y hablar de ella»⁶. Esta afirmación, por tanto, no se circunscribe al ámbito de la literatura: «todo lo que escribí en lo sucesivo confirma la importancia de esta noción de perspectiva»⁷. La perspectiva, por tanto, es un punto de vista o la adopción o toma de una postura teórica que se aplica a un ámbito determinado de la experiencia cuya existencia es previa a tal aplicación. Ahora bien, este movimiento es posible en la medida en que la realidad incuestionable de esa experiencia ha dejado de darse por sentada y es por tanto susceptible de análisis o exploración.

La importancia de este concepto se ve confirmada en toda la obra de la autora: sus novelas y sus ensayos son materializaciones concretas de la aplicación del mismo. En concreto, *El segundo sexo* es quizá el más alto exponente de la significación y trascendencia que adquiere dicha noción en el contexto de su obra. Sin em-

¹ *La plenitud de la vida*. Barcelona, Edhasa, 1980 (1ª ed. 1960), p. 320.

² *La fuerza de las cosas*. Barcelona, Edhasa, 1980, p. 272.

³ *Ibidem*.

⁴ ¿Ha sido la filosofía algo distinto de esta confrontación?

⁵ *La plenitud de la vida*, p. 318.

⁶ *Ibidem*, p. 529.

⁷ *Ibidem*, p. 318.

bargo, sería simplificador e insuficiente limitar su alcance y su importancia a este registro. Como la misma autora señala:

la existencia [...] no se reduce a ideas, no se deja enunciar; sólo se puede evocarla a través de un objeto imaginario y entonces captar su fuerza, sus remolinos, sus contradicciones. Mis ensayos reflejan mis opciones prácticas y mis creencias intelectuales; mis novelas, el asombro al que me empuja, en general y en los detalles, nuestra condición humana. Corresponden a dos órdenes de experiencia que no pueden comunicarse de la misma manera. Tanto las unas como las otras tienen para mí igual importancia y autenticidad. Me encuentro tanto en *El segundo sexo* como en *Los mandarines* y viceversa. Si me he expresado en dos registros distintos, es porque esa diversidad me era necesaria⁸.

Nuestra tesis sería que, en efecto, ambos registros participan de una misma «perspectiva». En este sentido creo que el conjunto de sus Memorias constituye un lugar de privilegio a la hora de mostrar en qué medida esta afirmación es válida. La elección de esta narración, en lugar de sus novelas o ensayos, en este contexto obedece al hecho de que, en tanto que registro, repaso, recuento y exploración de su vida y de su obra no sólo constituye un testimonio de los mismos sino, y sobre todo, el ejercicio o la aplicación más rigurosa de dicho concepto. Expresado de otra forma: a mi modo de ver las Memorias constituyen la simbiosis perfecta de ambos tipos de expresión porque una vida también es una obra. Ser no es otra cosa que hacerse ser. Nótese, a su vez, que no es posible hablar —contar— la propia vida, o dar cuenta de una obra que lleva nuestra impronta, al tiempo que la vivimos o la realizamos. El testimonio exige, en sí mismo, una distancia: aquella desde la cual contemplamos una y otra realidad. Esta distancia, a su vez, exige un tiempo: el que configura nuestro pasado como algo distinto del presente en el que nos ubicamos. Estos dos factores, sin embargo, por sí mismos sólo parecen condiciones necesarias para la realización de esa tarea, sus condiciones básicas de posibilidad. Lo importante entonces es el modo o manera en que la reconstrucción tiene lugar; esto es, cuáles son las coordenadas precisas en las que nos situamos —ya desde una distancia y un tiempo concretos— para abordarla. En Beauvoir este proyecto es un proyecto de indagación —porque la existencia no es algo dado— que trata de responder a un interrogante fundamental: cómo se *hace* una vida. Este «cómo» presupone un relato en el que va apareciendo configurada la propia existencia, pero no se trata sólo de una labor descriptiva. La descripción misma está guiada por valores, lo que implica que ese «cómo» debe incorporar también, y de manera esencial, la reflexión y el análisis. Esto es, contar una vida no se reduce a transcribirla. Para nuestra autora esta tarea tiene una significación específica y concreta:

Haber contado la mía me ayuda a reflexionar sobre ella [...]. De acuerdo: la narración y la experiencia vivida transcurren en campos distintos; pero aquella se refiere

⁸ *La fuerza de las cosas*, p. 315.



a ésta, y permite aislar ciertos rasgos. La experiencia implica lo infinito aunque se resuelve en una cantidad de palabras que con un poco de paciencia podemos contar: pero esas palabras remiten a un saber que sí encierra lo infinito. [...] Suele objetarse que narrar es sustituir la fluida ambigüedad de lo vivido por los contornos inmóviles de las frases escritas. Pero, en los hechos, las imágenes sugeridas por las palabras son cambiantes y fluidas; el saber que comunican no está nítidamente circunscrito. De todos modos, mi propósito no es conducir al lector a través de una ensoñación que rescite mi pasado, sino examinar mi historia *a través de ciertos conceptos y de ciertas nociones*⁹.

Simone de Beauvoir inicia el relato de sus Memorias en 1958 con *Memorias de una joven formal*; tiene entonces cincuenta años. En 1960 se publica *La plenitud de la vida*, en 1963 *La fuerza de las cosas*, y en 1972, con sesenta y cuatro años, *Final de cuentas*. ¿Cuáles son esos conceptos y esas nociones que constituyen lo que con anterioridad denominábamos las coordenadas precisas desde las cuales Beauvoir aborda la tarea de narrar su vida? O de otro modo, ¿qué elementos configuran su perspectiva? El concepto nuclear es el concepto de sujeto, en torno al cual se imbrican y articulan los de existencia, libertad, y trascendencia del modo siguiente¹⁰:

1. Todo sujeto se afirma de modo concreto a través de los proyectos como una trascendencia.
2. Sólo hace culminar su libertad cuando la supera constantemente hacia otras libertades.
3. La única justificación de la existencia presente es su expansión hacia un futuro indefinidamente abierto.
4. Cada vez que la trascendencia recae en la inmanencia tiene lugar una degradación de la existencia «en sí», de la libertad en facticidad. Esta degradación es una falta moral si es consentida por el sujeto, mientras que si le es infligida se convierte en una frustración y una opresión; en ambos casos es un mal absoluto.

Esta articulación, que se corresponde con los presupuestos básicos de la moral existencialista, parte del marco más global de la filosofía que lleva el mismo nombre; el existencialismo, que, como apunta López Pardina, se define como una filosofía del sujeto cuyos análisis parten de la experiencia vivida de los individuos a investigar, se plantea como una filosofía que «ve en lo singular de la contingencia del sujeto la universalidad de su condición»¹¹.

Ahora bien, el existencialismo como filosofía que desde una concepción concreta del sujeto se aplica al análisis y conceptualización de la realidad, surge con

⁹ *Final de cuentas*. Barcelona, Edhasa, 1984. Mi cursiva.

¹⁰ Vid. T. LÓPEZ PARDINA, Prólogo a la edición española de *El segundo sexo*. Madrid, Cátedra, Colección Feminismos, 1998.

¹¹ *Op. cit.*, p. 8.

ambición de *sistema* y se estructura como tal. En este sentido la afirmación de que Beauvoir asume y parte de los presupuestos citados exige una aclaración fundamental: esta adopción no se realiza en términos de sistema, sino, insisto, de perspectiva. La diferencia radica en que mientras que en el trabajo sistemático el objetivo consiste en la articulación de categorías y conceptos, el método de la perspectiva supone la tarea de delimitar contornos, sustrayendo al objeto de que se trate de la indeterminación en que se encuentra desde el momento en que su incuestionabilidad se ha puesto en entredicho. Este trabajo teórico modifica el objeto de que se ocupa, pero a su vez —y en ello reside su enorme relevancia a mi modo de ver— «cuando se adhiere a algo, el pensamiento mismo se transforma»¹². En el caso de Beauvoir esta transformación adquiere un alcance específico: proporcionarle un contenido material al pensamiento, y más en concreto, al pensamiento existencialista: corporeizarlo.

Así, las Memorias no sólo constituirían la simbiosis perfecta de lo que podríamos denominar las expresiones literaria e intelectual. Su valor también viene dado, y muy especialmente, por el modo explícito, vivo y apasionado en que muestran que el pensamiento *acerca* del mundo debe ser un pensamiento *del* mundo *en* el mundo. Es decir, no bastan las categorías abstractas: el absoluto requiere concreción, y la obtiene de la realidad. El pensamiento, a su vez, no es ni estático, ni compacto, ni impermeable: es dúctil. Armados con esa ductilidad nos asomamos a la vida, aprehendemos la existencia, arrojamos luz sobre ella; pero a su vez tanto la una como la otra pueden iluminar el propio pensamiento, mostrar sus limitaciones, desvelar sus defectos. Sólo de este modo el conocimiento adquiere un cuerpo; sólo así puede ayudarnos a vivir. No basta con pensar: hay que saber ver, hay que saber mirar. El sujeto no es un sujeto abstracto y absoluto, sino un sujeto corporeizado y situado.

Sintetizar el testimonio que la autora ofrece de su vida es una empresa imposible¹³. Sin embargo, creo que sí es posible intentar trazar las líneas principales de su evolución una vez establecido el núcleo fundamental de su perspectiva y la manera en que ésta se desarrolla.

Beauvoir ama apasionadamente los libros; le gusta, más que ninguna otra cosa, aprender, y aprender es descubrir. Poseedora de una curiosidad insaciable, desde estas coordenadas la vida aparece como una aventura dichosa: un encadenamiento infinito de descubrimientos. Pero estas mismas coordenadas exigen una conciencia: la conciencia de estar en el mundo, la conciencia de existir, que en ella además es conciencia, sobre todo, de su propia singularidad. Esta singularidad, lejos de aislarla, la ponía en comunicación con el todo: «no tenía más que mirar, leer, razonar, para tocar el absoluto»¹⁴. Dos son los elementos básicos en este proceso de existencia y comunión: la mirada y las palabras. Y uno, el objetivo: conducir su vida

¹² M. LE DOEUFF, *El estudio y la rueca*. Madrid, Cátedra, Colección Feminismos, p. 139

¹³ Para ello remito a la lectura directa del mismo.

¹⁴ *Memorias de una joven formal*. Barcelona, Edhasa, 1980, p. 71.



a alguna parte, justificándola al hacerla necesaria. Despunta en el horizonte un proyecto nunca abandonado: el de escribir¹⁵. Como señalaba al comienzo de esta segunda aproximación, Beauvoir aprehende la complejidad del mundo y pretende salvarla de la contingencia a través de las palabras. Éstas cumplen funciones diversas dentro de su universo —diversidad que es solidaria con su propia evolución—. En un primer momento el proyecto de escribir significa justificar la existencia, ser consciente de su singularidad: «quería comunicar lo que había de original en mi experiencia: para lograrlo, sabía que tenía que orientarme hacia la literatura»¹⁶. Esa singularidad, que se asume como libertad absoluta, idea proyectos y asume misiones: «mi misión era prestar mi conciencia al múltiple esplendor de la vida y tenía que escribir a fin de arrancárselo al tiempo y a la nada»¹⁷. De este modo el proyecto de conocer el mundo permanece estrechamente ligado al de expresarlo, porque la escritura lo salva de la contingencia, del olvido, de la erosión del tiempo.

Ahora bien, la literatura o, más específicamente, la escritura no tiene sólo esta dimensión individual y subjetiva; no es sólo un estar en el mundo de un cierto modo elegido y asumido por una individualidad así materializada. Posee, por el contrario, una dimensión que la hace preciosa y única a los ojos de la autora: ser el lugar de la intersubjetividad: «por el lenguaje se materializa la presencia en cada hombre de los demás hombres, y es una de las razones que me hacen considerar la literatura irremplazable»¹⁸; o también «¿De dónde proviene, a los cincuenta y cinco años lo mismo que a los veinte, ese extraordinario poder del Verbo? [...] Indudablemente las palabras, universales, eternas, presencia de todos en cada uno, son lo único trascendente que reconozco y que me emociona; vibran en mi boca y mediante ellas comulgo con la humanidad. Arrancan del instante y la contingencia a las lágrimas, a la noche, hasta a la muerte, y las transfigura. Quizá mi más profundo deseo hoy es que se repitan en silencio algunas palabras que yo he entrelazado»¹⁹.

La presencia de los otros tiene en estos primeros momentos una dimensión de generalidad y abstracción: la humanidad. Empeñada en asumir la singularidad de su existencia y la de los proyectos que le permiten ejercer su libertad en la trascendencia, había esquivado, sin embargo, una verdad que debía afrontar: la existencia incontestable de otras singularidades, de esos otros que existen de la misma manera que una misma y con la misma evidencia. La ilusión de que la verdad absoluta de las cosas sólo se daba a su conciencia se desvanece; la humanidad adquiere cuerpos y rostros y voces concretas. Pero no se trata sólo de que aparezca la conciencia de otras personas tomadas individualmente: con el estallido de la Segunda Guerra Mundial la Historia se precipita sobre ella, y este hecho va a suponer un giro

¹⁵ Beauvoir declara explícitamente en varios lugares que *Mujercitas* fue un libro en el que, desde pequeña, creyó reconocer su rostro y su destino; en concreto, en el personaje de Joe.

¹⁶ *La plenitud de la vida*, p. 194.

¹⁷ *Ibidem*, p. 16.

¹⁸ *Final de cuentas*, p. 185.

¹⁹ *La fuerza de las cosas*, p. 627.

importante en la concepción de todo su universo: «yo admitía, por fin, que mi vida no era una historia que me contaba a mí misma, sino un compromiso entre el mundo y yo»²⁰. El descubrimiento de la historicidad ponía el acento en la dependencia (de los otros): no más absoluto ni más eternidad; su vocación de escritora había sido una vocación «abstracta». Apremiaba anclarla a la tierra: «un individuo se define tanto, y a veces más, por lo que se le escapa que por lo que abarca. [...] Sabía ahora que el curso del mundo era la textura misma de mi vida, y seguía con atención sus movimientos»²¹.

Este giro tiene implicaciones fundamentales para la concepción precedente del sujeto. Esta noción ha de incluir, inevitable y necesariamente, la de «situación», a partir y a través de la cual queda asegurada la posibilidad de definir de modo concreto a los conjuntos humanos sin atarlos a una fatalidad intemporal. Pero esto significa que no es posible entender la libertad en términos absolutos. Ser es, efectivamente, hacerse ser, asumir la trascendencia a través de los proyectos propuestos; es superación constante hacia otras libertades desde las que se idearán nuevos proyectos; es expansión hacia un futuro siempre abierto, siempre pleno de posibilidades. Ahora bien, el hecho de que la libertad, en tanto que fundamento de todo valor humano, sea el único fin capaz de justificar las empresas que los hombres y las mujeres emprenden no significa que con independencia de cuáles sean las circunstancias —sean éstas cuales sean— poseamos una libertad que nos permita superarlas. Beauvoir distingue entonces dos aspectos de la libertad: la libertad es la autonomía del sujeto, y en este sentido es siempre absoluta: «es la modalidad misma de la existencia que, por las buenas o por las malas, de una u otra manera, toma por su cuenta todo lo que le viene de fuera; ese movimiento interior es indivisible, por lo tanto, total en cada uno»²²; pero las posibilidades concretas que se abren a los distintos individuos son desiguales: «yo sostenía que, desde el punto de vista de la libertad [...] como superación activa de lo dado, las situaciones no son equivalentes: ¿qué posible superación hay para la mujer encerrada en un harén?»²³. Esto es, la conciencia ha de realizar su libertad, pero las posibilidades que se le ofrecen para ello son finitas y además desiguales. La libertad absoluta se difumina en la medida en que las situaciones ejercen sobre ella una influencia directa que se puede traducir o bien en canalizarla, o bien en limitarla o incluso en impedirarla²⁴.

La introducción de la noción de situación —o en terminología beauvoiriana, la distinción de estos dos aspectos de la libertad— resulta enormemente relevante

²⁰ *La plenitud de la vida*, p. 422.

²¹ *Final de cuentas*, p. 31.

²² *La plenitud de la vida*, p. 479.

²³ *Ibidem*, p. 382.

²⁴ Nótese en este sentido la importancia que adquiere la distinción entre la trascendencia que cae en la immanencia cuando es elegida o cuando es impuesta o infligida. En esta distinción ya se prelude la importancia fundamental de los otros en la realización satisfactoria de nuestros proyectos.

no sólo porque confiere concreción y materialidad a ese sujeto abstracto y absoluto inicial, sino por el modo en que apunta directamente hacia los otros:

el individuo sólo recibe una dimensión humana por el reconocimiento del otro; no obstante, [en sus consideraciones anteriores] la coexistencia aparece como una especie de accidente que debería superar cada ser existente; éste empezaría por forjar solitariamente su proyecto y pediría luego a la colectividad que lo convalidara: en realidad la sociedad me cerca desde mi nacimiento; es en su seno, en mi relación con ella, donde me defino²⁵.

O también: «Decidí que, por las buenas o por las malas, intervenimos en los destinos ajenos y que debemos asumir esa responsabilidad»²⁶. Los otros inciden, con su actitud, en la configuración de nuestra situación, y a la inversa. Los fines que se traza una conciencia son suyos, pero los otros, las otras conciencias, en la medida en que inciden en la configuración de nuestra situación, pueden condicionar el alcance de aquéllos. El sujeto en Beauvoir es, por tanto, intrínsecamente libre —autónomo—, pero también situado en su acción y en su actuación; esto es, intrínsecamente libre e intrínsecamente interdependiente de los otros sujetos. Inmerso en la sociedad, definido en virtud de su relación con ella, es también parcialmente construido.

Las palabras tienen un valor único: nos sirven para afrontar la realidad. El pensamiento, si ha de ayudarnos a vivir, ha de ser dúctil y flexible: pegado al mundo, nutriéndose de él, puede disipar engaños, desenmascarar la hipocresía, mostrarnos la verdad —porque la autora está convencida de que existe la verdad—, y que la verdad puede servir. En esto consiste la autenticidad: realizamos nuestra libertad a través de la forja y consecución de proyectos encadenados en virtud de los cuales somos una trascendencia; asumimos esta tarea en tanto que asumimos nuestra libertad, asumimos nuestra presencia en el mundo y asumimos la presencia de los otros, porque sólo en la reciprocidad del reconocimiento nos es posible realizarla y alcanzarla.

Armada con una perspectiva que, como he tratado de mostrar, es común a su obra y a su vida —quizá su mejor y más lograda obra—, Beauvoir expresa inequívocamente el valor de la existencia:

Quería materializarme en libros que fueran como los que amaba, cosas existentes para otros, pero habitados por una presencia: la mía. [...] Deseaba participar en la eternidad de una obra en la cual me encarnaría, pero antes que nada deseaba hacerme oír por mis contemporáneos. Han sido mis relaciones con ellos —cooperación, lucha, diálogo— lo que durante toda mi vida ha tenido más valor a mis ojos²⁷.

²⁵ *La plenitud de la vida*, p. 479.

²⁶ *Ibidem*, p. 530.

²⁷ *Final de cuentas*, p. 33.

2. SEGUNDA APROXIMACIÓN, QUE ES COMBATIVA

No se nace mujer: se llega a serlo.

Simone de Beauvoir²⁸

Esta frase, escandalosa en su tiempo y controvertida posteriormente, condensa y ejemplifica a la vez el pensamiento de Simone de Beauvoir acerca de la femineidad. Ésta, del mismo modo que la masculinidad, es una construcción cultural —no un dato cultural—. La mujer no está caracterizada ontológicamente como tal: no existe una esencia femenina. Hombres y mujeres participan igual y plenamente de la categoría de seres humanos y en tal medida constituyen conciencias dedicadas al ejercicio de la trascendencia. La cuestión radica en que, en el caso de la mujer, no se le reconoce la participación e inclusión en esa categoría: no es conciencia, no es sujeto, no es un Mismo; por el contrario, la sociedad y la cultura han hecho de ella —en su consideración de la misma— un ser diferente del hombre, un otro que él. La mujer es la Otra: no existe reciprocidad en el uso de la categoría de sujeto cuando de ella se trata. Pero éste es un hecho determinado por la sociedad y la cultura.

«No se nace mujer» significa entonces que no se nace con los supuestos atributos de la femineidad. Ésta, como la masculinidad, es una forma de conducta adquirida: «se llega a serlo» a través del aprendizaje y de la educación: «es un sin sentido suponer que su pudor [como ejemplo de uno de esos atributos] pueda ser segregado por las hormonas: ha sido enseñado y aprendido como lo serán después todas las demás cualidades consideradas específicamente femeninas»²⁹. Ahora bien, aunque tanto la femineidad como la masculinidad sean formas de conducta adquiridas, en el caso de la mujer esta adquisición tiene como consecuencia perversa la negación de su trascendencia: su libertad consustancial y constitutiva se ve coaccionada y cercenada. Sin embargo, en tanto que esa libertad también la define, en algunos casos podrá luchar activamente contra ese papel que se le ha adscrito, podrá luchar por su liberación. Para Beauvoir esta liberación tiene un significado concreto: lograr o alcanzar la igualdad con los hombres; esto es, lograr o alcanzar la reciprocidad en el reconocimiento; somos un otro para el otro, en el otro reconoczo una conciencia igual a la mía y a la inversa.

Beauvoir publica *El segundo sexo*, cuya idea rectora y nuclear es la que acabamos de exponer, en 1949: tiene 41 años. Esta obra representa, de acuerdo con el enfoque adoptado y desarrollado en este relato, un ejercicio concreto, particular y riguroso de la noción de «perspectiva». La investigación, que parte de la propia experiencia, remite sin embargo a la generalidad. La intención inicial de hablar de lo que había supuesto para ella ser mujer la conducía a hablar de las otras mujeres,

²⁸ *El segundo sexo*. Madrid, Cátedra, Colección Feminismos, 1998, vol. II, p. 13.

²⁹ *Ibid.*, p. 441.

de la condición femenina. Hay una realidad que de pronto salta a la vista —aunque hasta ese momento haya pasado inadvertida—, una realidad que se pone en entredicho, que deja de darse por sentada:

casi fortuitamente. Al querer hablar de mí me di cuenta de que tenía que describir la condición femenina; ante todo consideré los mitos que los hombres han forjado sobre ella a través de las cosmologías, las religiones, las supersticiones, las ideologías, las literaturas. Trataba de poner orden en el cuadro, a primera vista incoherente, que se me ofrecía: en todo caso el hombre se colocaba como el Sujeto y consideraba a la mujer como un objeto, como la Otra. Esta pretensión se explicaba evidentemente por circunstancias históricas [pero] debía indicar también las bases fisiológicas. [...] En efecto, mi estudio sobre los mitos quedaba en el aire si no sabía qué realidad cubrían. [...] Me había puesto a mirar a las mujeres con unos ojos nuevos e iba de sorpresa en sorpresa. Es extraño y estimulante descubrir bruscamente a los 40 años un aspecto del mundo que salta a la vista y que uno no veía³⁰.

El primer y más sorprendente resultado de la investigación es el hallazgo de una consideración: la mujer, negada como sujeto, aparece siempre como objeto, como la Otra. Pero si en realidad, en cuanto ser humano, es sujeto, urge averiguar de dónde procede esta atribución, las razones que explican la ausencia de reciprocidad, que den cuenta del mal absoluto que supone caer en la inmanencia cuando esta inmanencia no es elegida sino infligida —esto es, cuando es frustración u opresión—.

Mi propósito en esta última parte de mi relato no es, sin embargo, exponer detalladamente las respuestas que la autora obtiene de su investigación³¹. Convencida, como estoy, de la validez y vigencia de la misma, lo que me gustaría destacar son algunos aspectos relacionados con la tradición en la que se sitúa la autora al abordarla³², con su método, con su recepción, y con la reflexión que ella misma realiza acerca de esta obra veintitrés años después de su publicación.

Simone de Beauvoir plantea una filosofía y un feminismo ilustrados: «No creo en el valor universal y eterno de la cultura occidental, pero me he nutrido de ella y le soy adicta. Deseo que no se aniquile y que en gran medida pueda transmitirse a las generaciones venideras»³³. Alimentarnos de una cultura, reconocer nuestros ascendentes y nuestras fuentes no significa asumirlos acríticamente. Beauvoir toma de la Ilustración «precisamente sus aspectos positivos, emancipatorios; ante todo, una concepción igualitaria de los seres humanos según la cual la diferencia de sexos no altera su radical igualdad de condición»³⁴. Expresamente deudora de esta tradi-

³⁰ *La fuerza de las cosas*, p. 188.

³¹ Para ello remito a la lectura de la obra, que por lo demás considero imprescindible.

³² Una tradición de la que se reconoce deudora tanto en este análisis como en el resto de su obra.

³³ *Final de cuentas*, p. 201.

³⁴ T. LÓPEZ PARDINA, *op. cit.*, p. 7.

ción, la autora asume como coordinadas aquellos valores que le parecen irrenunciables: la libertad, la igualdad, la autenticidad; los valores que, por otra parte, van a guiar y dirigir lo descriptivo y que, a su vez, van a permitir identificar en el orden de lo supuestamente objetivo la presencia de aspectos que no son más que valores y consideraciones enmascarados: reificados. El pensamiento ilumina la realidad al analizarla, pero sobre todo posibilita su desenmascaramiento. Así sucede con la realidad de la mujer, pero también con la realidad humana en general. Cada experiencia se torna universalizable, y la propia situación, así analizada, dicta el horizonte de la solución: una transformación de la sociedad en la que mujeres y hombres, conciencias plenas y libres, se reconozcan recíprocamente como sujetos.

En cualquier caso conviene subrayar que *El segundo sexo* es un trabajo teórico, no un libro militante; en tanto que trabajo teórico puede resultar insuficiente si buscamos en él respuestas y soluciones prácticas, pero su lucidez, y piénsese que estamos en 1949, puede suplir esa insuficiencia que, en mi opinión, sólo lo es retrospectivamente. Como señala la propia autora a propósito de esta cuestión, «la lucidez no constituye la felicidad, pero la favorece y da valentía»³⁵.

La consideración del método empleado por Beauvoir en esta obra me parece pertinente y necesaria básicamente por su adecuación: si el ser la Otra de la mujer no es un dato ontológico, sino una construcción social y cultural, habrá que indagar en ese marco socio-cultural en el que aquélla se sitúa y analizar los distintos discursos que configuran e informan dicho marco con sus conceptualizaciones específicas. Sólo de este modo será posible desenmascarar o mostrar explícitamente los elementos ideológicos presentes en cada uno de ellos, así como llevar a cabo el análisis crítico de los presupuestos sobre los que se fundamentan. Armada con y guiada por su concepción del sujeto, por los valores que ha asumido respecto al ser humano, y por el hallazgo de ese supuesto dato ontológico, Beauvoir se asoma entonces a la biología, al psicoanálisis, al materialismo histórico, a la historia y a los mitos. De este recorrido, que constituye la primera parte de su investigación, se obtienen distintos resultados, de entre los cuales yo subrayaría dos: en primer lugar, la conclusión de que la opresión de la mujer, del mismo modo que su liberación, son cuestiones culturales, esto es, cuestiones de valores, porque han sido la misma cultura y la misma sociedad patriarcal las que, por una parte, han atribuido a la mujer las características que la definen como la Otra y, por otra, han establecido que dichas características no son un valor. En segundo lugar, la idea de que los hombres no sólo han escrito la Historia, sino que además han sido ellos los que han realizado también toda la historia de las mujeres porque éstas, ni han creado los valores ni han detentado nunca el poder. Ahora bien, y esto es lo que quería subrayar, «no es la inferioridad de las mujeres lo que determina su insignificancia histórica: su insignificancia histórica las condena a la inferioridad»³⁶. Esta conclusión, según creo, es una invitación

³⁵ *La fuerza de las cosas*, p. 195.

³⁶ *El segundo sexo*, p. 215.

a la acción; las mujeres deben asumir la tarea de intervenir activamente en el mundo a fin de poder escribir no sólo su historia, sino crear su presente y articular su porvenir: «Sólo se exige cuando se cuenta con obtener de los demás y de uno mismo lo que se reclama; sólo se lo puede obtener si se lo reclama»³⁷. En este sentido es un hecho innegable que ha habido mujeres —aisladas— que han protestado contra su destino³⁸, y también ha habido algunas manifestaciones colectivas, como las encarnadas por las sufragistas anglosajonas, pero lo que señala Beauvoir es que: a) esta intervención en el curso de la historia o en la marcha del mundo se realizó de acuerdo con los hombres y desde perspectivas masculinas, y b) ha sido, en su conjunto, una intervención secundaria y episódica. Esta última consideración me parece fundamental porque si bien la autora toma las excepciones como la demostración de que esa inferioridad no es la causa, sino el efecto de la insignificación histórica de las mujeres —en la medida en que muestran, como en el caso de Rosa Luxemburg o de madame Curie, que es posible no serlo—, considera que la historia de las mujeres no puede limitarse a ser una historia de esas excepciones.

En cualquier caso, la adecuación de su método va más allá de los logros obtenidos en el contexto específico de *El segundo sexo*. Hoy hablamos de género —curiosamente, de la perspectiva de género— y seguimos insistiendo en la constitución social y cultural de los roles masculino y femenino; pero, además, se insiste en la necesidad de analizar los discursos propios de cada una de las disciplinas y áreas de conocimiento que fundamentan, explícita o implícitamente, la concepción de lo femenino. No quiero decir con esto que toda la investigación y teorización feminista posterior a esta obra hayan recibido directamente su influencia; lo único que quiero destacar es que su adecuación justifica su vigencia³⁹.

Por último, querría finalizar con dos comentarios, el relativo a la recepción que en su momento tuvo esta obra, y el referido a la reflexión que Beauvoir hace retrospectivamente de ella. El interés por la primera de las cuestiones responde al interés por mostrar, más allá de lo anecdótico, cómo en la mayor parte de las ocasiones la lucidez y la objetividad de un discurso —entendida en este contexto como aquello distinto a la expresión subjetiva, herida e incluso salvaje de una rebelión emocional— sólo obtienen como respuesta la ausencia de argumentos y la prodigalidad en los insultos. Pero no sólo esto: también se trata de mostrar cómo, a pesar de ello, se puede seguir siendo absolutamente fiel a un proyecto.

En efecto, Simone de Beauvoir escandalizó con su obra, y de escritora pasó a ser insatisfecha, frígida, ninfómana, lesbiana, cien veces abortada; pero también, como señala en *La fuerza de las cosas*⁴⁰:

³⁷ *Final de cuentas*, p. 12.

³⁸ La autora cita, entre otras, a Safo, Christine de Pisan, Mary Wollstonecraft, y Olympe de Gouges.

³⁹ Y ello con independencia del acuerdo o desacuerdo con las coordenadas elegidas por la autora para realizar su investigación.

⁴⁰ p. 191.

yo era una pobre muchacha neurótica, una rechazada, una frustrada, una desheredada, una *virago*, una insatisfecha sexual, una envidiosa, una amargada repleta de complejos de inferioridad ante los hombres, ante las mujeres; el resentimiento me roía. Jean Guilton escribió, con mucha compasión cristiana, que *El segundo sexo* lo había afectado penosamente porque en él se descifraba en filigrana «mi triste vida». Armand Hoog se superó: «Humillada por ser mujer, dolorosamente consciente de estar cercada en su condición por las miradas de los hombres, rechaza simultáneamente esta mirada y esa condición».

El Vaticano también contribuyó: la obra pasaba a formar parte del honorífico Índice de Libros Prohibidos. Sin embargo, esta obra fue, de entre todos sus libros, la que procuró a la autora una de las satisfacciones más sólidas: «[las mujeres] Divididas, desgarradas, inferiorizadas, para ellas existen, más que para los hombres, apuestas, victorias, derrotas. Me interesan; y me gusta más tener a través de ellas un alcance limitado, pero sólido, sobre el mundo, que flotar en lo universal»⁴¹.

La fidelidad a un proyecto —que no es otra cosa que la autenticidad, el valor de no renunciar, de no mentirse—, despunta en la serenidad —por otra parte no exenta de perplejidad— con la que Beauvoir asume la incapacidad argumentativa de estos lectores al tiempo que se reafirma en sus logros. Pero quizá más importante sea el hecho de que esta fidelidad no implica negar la propia evolución, y en este aspecto la autora es, por decirlo de algún modo, más fiel que en ningún otro caso.

En 1963 señala que el único juicio que puede emitir acerca de *El segundo sexo* es que, veintidós años después, está a favor de él. En este momento sólo añade que introduciría en el primer volumen una toma de posición más materialista; esto es, realizaría la fundamentación de la categoría de Otra sobre la escasez y la necesidad —sobre la base económica de la escasez— en lugar de sobre una lucha a priori e idealista de las conciencias. No obstante, esta modificación no alteraría los desarrollos subsiguientes.

En 1972 la reflexión no sólo afecta a la obra en sí misma. Desde un punto de vista teórico Beauvoir insiste en que los únicos cambios que introduciría son los reseñados anteriormente: dotar a la obra de bases materialistas. Pero se reafirma en su idea rectora: «No se nace mujer, se llega a serlo». Sin embargo, se aprecia claramente una evolución en el plano práctico —y también táctico—. Durante los años sesenta viaja, entre otros lugares, a China, Egipto e Israel. En China realiza reportajes para la televisión sobre el trabajo asalariado realizado por mujeres: cargaban y descargaban mercancías —llenaban y vaciaban sacos de abonos químicos— en zonas industriales. La situación a describir era una jornada de ocho horas en condiciones agotadoras, todos los días incluidos los domingos, y con un salario inferior al de los hombres —más la carga adicional del trabajo doméstico. Durante su estancia en El Cairo y en Tel Aviv, uno de sus intereses centrales es la condición femenina. Así, por ejemplo, imparte una conferencia en El Cairo donde acusa a los egipcios de

⁴¹ *Ibidem*, p. 195.

comportarse con las mujeres como feudales, colonialistas y racistas. Una de las respuestas que obtiene es que esa desigualdad de la mujer es algo que está escrito en el Corán.

Beauvoir se compromete en una acción propiamente feminista, y desde este nuevo compromiso analiza su propia evolución y la de las mujeres. En 1968, después de otros movimientos precedentes, nace el Movimiento de Liberación de la Mujer —EEUU, Italia, Francia—, que adquiere una gran extensión. A su juicio esta explosión se debe a dos motivos principales: el hecho de que en la sociedad capitalista avanzada el estatus de las mujeres representa a sus ojos una contradicción y, sobre todo, la comprobación, por parte de éstas, de que los movimientos de izquierda y el socialismo no hayan resuelto sus problemas; esto es, los cambios en las relaciones de producción no parecen suficientes para transformar las relaciones de los individuos entre sí —además, en ningún país socialista se ha logrado la igualdad entre mujeres y hombres⁴²—. Ambos factores constituyen instancias desde las que abordar la autorreflexión.

Beauvoir reconoce que hasta ese momento —1972— sólo se había movido en un plano teórico. En primer lugar, frente a su idea de que la mujer debía confiar en el porvenir mantiene que le da la razón a aquellas que consideran, por el contrario, que hay que hacerse ya con ese destino; en segundo lugar, frente a su convencimiento de que la condición femenina evolucionaría al mismo tiempo que la sociedad, que sólo un cambio en la producción —que garantizaría el futuro del trabajo en el mundo— podría solucionar los problemas inherentes a la misma⁴³, afirma que en realidad no se ha ganado la partida —desde 1950, en realidad, no se ha ganado casi nada—. La revolución social no resolverá los problemas de las mujeres: la lucha de clases y la lucha de sexos deben acometerse conjuntamente. Así, Beauvoir se declara ahora feminista, y entiende por feminismo «el hecho de luchar por reivindicaciones propiamente femeninas, paralelamente a la lucha de clases»⁴⁴.

Ahora bien, estos cambios reseñados no suponen en ningún momento la renuncia a sus convicciones «ilustradas»: su feminismo es un feminismo de la igualdad. Urge redefinir la relación entre hombres y mujeres, urge redefinir el amor y la sexualidad, pero esta redefinición no tiene que implicar la negación del papel que aquéllos tienen en la vida de éstas; esto es, ante la posición adoptada por algunas feministas, que consideran que es necesario expulsar a los hombres del ámbito de sus vidas a fin de lograr una verdadera emancipación, Beauvoir afirma que la idea de encerrar a la mujer en un gueto femenino no es la meta. La mujer está fabricada por la civilización, no biológicamente determinada; la feminidad es construida, pero también la masculinidad. Así, el objetivo de la lucha de las mujeres debe ser llegar a

⁴² El socialismo, en efecto, no ha liberado a las mujeres. Quizá pueda hacerlo un socialismo igualitario, pero lo cierto es que mientras eso es una utopía, la situación que padecen las mujeres es una realidad.

⁴³ Este convencimiento justificaba, además, que hubiera evitado encerrarse en el feminismo.

⁴⁴ *Final de cuentas*, p. 445.

convertirse en seres humanos completos, no afirmarse como mujeres. Admitir que existen valores, cualidades o modos de vida específicamente masculinos significa admitir que también los hay intrínsecamente femeninos, y ello significa, a su vez, comulgar con el mito inventado por los hombres para encerrar a las mujeres en su condición de oprimidas.

La cultura —la ciencia, el arte, la técnica— ha sido creada por los hombres; esta cultura, con su aspiración a la universalidad, refleja su posición ideológica —refleja su machismo—, pero este hecho no debe implicar un rechazo total y absoluto de aquélla: «las mujeres deben apropiarse de los instrumentos forjados por los hombres y servirse de ellos según su interés. [...] Al recuperar tales riquezas debemos distinguir, con mucho cuidado, lo que tiene carácter universal de lo que lleva la marca de la masculinidad. [...] Desde nuestro punto de vista me parece necesario hacer una revisión del saber, pero no repudiarlo»⁴⁵.

Podemos estar de acuerdo, o no, con este planteamiento, pero creo que late en él algo indiscutible: toda la teorización y la praxis feminista está orientada por valores, y son estos valores los que determinan tanto la crítica y el análisis como las posibles respuestas o soluciones. Ser conscientes de este hecho es tener, al menos, parte del terreno ganado.

Por último, quisiera cerrar este relato con una última cita de la autora:

No he sido una virtuosa de la escritura. No he resucitado, como Virginia Woolf, Proust o Joyce el tornasol de las sensaciones y no he captado en palabras el mundo exterior. Pero no era ése mi designio. Quería existir en los demás comunicándoles, de la manera más directa, el gusto de mi propia vida: casi lo he logrado. Tengo sólidos enemigos, pero también me he hecho entre mis lectores muchos amigos. No he deseado otra cosa⁴⁶.

En mi opinión, sin embargo, ha logrado ambas cosas.

⁴⁵ *Final de cuentas*, pp. 448-449.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 453.

